
Las siete columnas y la tradición liberal-conservadora: La fábula de las abejas de B. de Mandeville

The Seven Pillars and the liberal-conservative tradition: The fable of the bees by B. de Mandeville

JOSÉ ATILANO PENA LÓPEZ

DEPARTAMENTO DE ECONOMÍA,
FACULTAD DE ECONOMÍA E
EMPRESA, UNIVERSIDADE DA
CORUÑA

1. Introducción: los conservadores imaginativos

Entre los economistas se maneja una cita, imposible de contrastar, atribuida a uno de los referentes ineludibles de la materia, J. Stuart Mill (1806-1873). Este autor, uno de los padres de las orientaciones social-demócratas y defensor de la igualdad en los más diversos ámbitos, desde la económica a la de género, debió encontrarse en algún momento con cierto nivel de hartazgo en lo relativo a las ideas utópicas de sus correligionarios. En esas circunstancias se le atribuye el haber improvisado la oración: *Give me Lord an imaginative conservative*; “Dame Señor un conservador ingenioso”. El economista, saturado de las bienintencionadas propuestas de aquellos idealistas, recordaba lo útil que puede ser la ironía que maneja cierto pensamiento liberal-conservador cuando alguien se propone, lleno de voluntarismo, crear una nueva sociedad sobre nuevos y más justos principios. En mente tenía una larga tradición crítica que ponía en cuestión los presupuestos del constructivismo social que se estilaban en las filas socialistas. Tradición que, muy especialmente en el caso inglés, tuvo derivaciones en el ámbito de la literatura con propósitos polemistas y divulgadores con autores como Mandeville, Burke, Belloc o el mucho más próximo, Chesterton¹.

En el caso español, la obra de Wenceslao Fernández Flórez nos aproxima a esta larga tradición de pensamiento social y económico, de la que

Recibido: 15/10/2021
Aceptado: 09/01/2022

Resumen

El presente trabajo tiene como objetivo principal estudiar el pensamiento social de Fernández Flórez mediante el análisis de una de sus obras más significativas (*Las siete columnas*) y, en particular, el estudio de los paralelismos de la misma con la obra fundacional del pensamiento liberal conservador, *La fábula de las abejas* de Bernard de Mandeville.

En un primer bloque, tras aproximarnos a las visiones generales sobre el pensamiento de este autor, haremos un recorrido por ambas obras analizando el trasfondo, su estructura y contenido. Esta revisión mayormente descriptiva nos permitirá destacar los paralelismos existentes, tanto en el planteamiento del ideario liberal-conservador como en el enfoque y motivaciones.

En un segundo bloque, confrontaremos directamente ambas obras en razón de la antropología, visión social, ética y económica subyacente. Este contraste clarifica en qué puntos el enfoque de Fernández Flórez se adapta al ideario liberal-conservador y dónde existen un conjunto de importantes singularidades que evidencian el carácter genuino de su aparente “conservadurismo”. Finalmente, propondremos algunas conclusiones de nuestro análisis sobre el conservadurismo imaginativo de Fernández Flórez.

¹ En la literatura francesa son emblemáticos los trabajos periodísticos de F. Bastiat (1801-1850) caracterizados por el recurso a la ironía para evidenciar la futilidad de algunas pretendidas políticas de justicia social.

Palabras clave: Wenceslao Fernández Flórez, *Las siete columnas*, *La fábula de las abejas*, el pensamiento liberal conservador.

Abstract

The main objective of this work is to study the social thought of Fernández Flórez through the analysis of one of his most significant works (*The Seven Pillars*) and, in particular, the study of its parallels with the foundational work of conservative liberal thought, *The Fable of the Bees* by Bernard de Mandeville.

In a first block, after approaching the general visions about the thought of this author, we will take a tour of both works analyzing the background, their structure and content. This mostly descriptive review will allow us to show the existing parallels, with the liberal-conservative ideology and, even, in the approach and motivations.

In a second block, we will directly confront both works because of the anthropology, social, ethical and underlying economic vision. This contrast clarifies at what points Fernández Flórez's approach adapts to the liberal-conservative ideology and where we find important singularities that show the genuine character of his apparent "conservatism". Finally, we will propose some conclusions from our analysis and about the imaginative conservatism of Fernández Flórez.

Keywords: Wenceslao Fernández Flórez, *Las siete columnas*, *The Fable of the Bees*, conservative liberal thought.

podría pensarse que el escritor gallego participa. De hecho, *Las siete columnas*, una de sus obras más reconocidas, se sitúa dentro de un imaginario que tiene paralelismos con la obra más emblemática del pensamiento liberal-conservador anglosajón, *La fábula de las abejas* de Bernard de Mandeville.

2. El pensamiento social en Fernández Flórez

Definir la ideología política o económica de Fernández Flórez se presenta como una tarea un tanto difícil: si bien se lo percibe próximo al anarquismo nihilista –como se traduce de las cuidadas “moralejas” de sus obras– no deja de ser un ciudadano “de orden”; por más que simpatice con el socialismo (especialmente con el nórdico)² desprecia cualquier forma de igualitarismo u obrerismo; asimismo es un paradójico defensor de tradiciones y buenas formas que afirma no creer en ellas, etc. (de Llano, 1985). En general, uno parece acercarse a un personaje tan peculiar como el banquero anarquista de Pessoa.

Igualmente, es realmente difícil situar la obra en una corriente o generación específica (Mainer, 1999). No es del 98 e incluso su no-intelectualismo lo separa de la del 14 y de Ortega, está en “tierra de nadie” (Sanz, 1985, 21). Ya en lo político, en la obra de Fernández Flórez hay una constante crítica social que lo aproximaría hacia el regeneracionismo pero sin el populismo de Joaquín Costa, lo que nos llevaría a aproximarlo a Maura. Sin embargo, en su obra, en particular en la novela, la actitud reinante es el descreimiento sin intelectualismos que se niega a identificarse con una orientación concreta (Ares, 2015).

Ante esta aparente contradicción, me limitaré a recoger las principales ideas que pueden extraerse de uno de los núcleos esenciales de la segunda época de su producción (1923-1934) (Mature, 1968): la trilogía de novelas de aprendizaje (*Bildungsroman*), compuesta por *El secreto de Barba Azul* (1923), *El malvado Carabel* (1931) y *Las siete columnas* (1926). En estas tres novelas de corte más “filosófico” pero “antiintelectualistas” pone de manifiesto un cierto

² Sobre este punto resulta más que recomendable la lectura de los artículos referentes a su viaje a Suecia recogidos en W. Fernández Flórez. (1942). *La conquista del horizonte*. Librería general.

credo antropológico y social³. Todas ellas están protagonizadas por (anti)héroes románticos, que reaccionan contra su medio (Carabel) o realizan un viaje de conocimiento por la sociedad que les rodea (Dossart y Oliván), y que suelen interpretarse como una cruzada liberadora de toda forma de dirigismo moral. El autor considera este conjunto entre sus obras más logradas, aquellas en que su propósito último lo constituye la crítica no solemne, pero sí seria, porque “nada hay más serio que el humor” (Fernández-Florez, 1945).

El secreto de Barba Azul y, sobre todo, *Las siete columnas*, parecen ajustarse perfectamente al imaginario social liberal de tradición sajona, incluso en su vertiente más libertaria. En el presente trabajo me limitaré a estudiar el paralelismo existente entre la visión social proyectada en estas obras de Wenceslao Fernández Flórez y la que se halla detrás del pensamiento de uno de los fundadores de la tradición liberal en economía: Bernard de Mandeville⁴.

2.1. LAS SIETE COLUMNAS

Las siete columnas resulta una de las obras de Fernández Flórez más “coherentes” en la exposición de su modo de entender la sociedad. Para Díaz Plaja (1988, 125) es la obra más representativa de la postura social y política de su autor, quien, al no encontrar en ninguna parte del *establishment* –desde la religión a las formas de gobierno– la ética que su espíritu reclama, apuesta por la total ausencia del poder, por la anarquía, aunque haciéndola compatible con un conservadurismo de formas y creencias, lo que lleva a calificarle de “conservador subversivo”. De igual modo, es la novela que mejor plasma su escepticismo ante las finalidades morales y los prejuicios establecidos (Mainer, 1975). De este modo nos encontramos ante una obra que se ajusta perfectamente a la descripción que alguna vez se ha dado de su autor como miembro de una

“burguesía moderna, conservadora, europeizada y librepensadora con fuertes vínculos con la tradición liberal europea” (Echeverría, 1987).

Una breve revisión de la obra nos permitirá recordar su visión de la moral, la sociedad y la economía.

En *Las siete columnas*, más que narrar unos hechos, se ilustra la tesis de que, si en el mundo se eliminase el pecado, la humanidad caería en el hastío, el abandono e incluso en la extinción. Expresado de otro modo, se defiende la utilidad funcional de lo comúnmente denominado como pecado o, cuando menos, vicio.

Se trata de una novela clasificable como “de aprendizaje”, una *Bildungsroman*, en la que el “héroe” se enfrenta a la sociedad burguesa y sale espiritualmente maduro. Claro que en este caso, la argumentación convencional se trastoca para que al igual que en *El secreto de Barba Azul* o en *El malvado Carabel*, la madurez moral sea el descreimiento.

Al igual que en cualquier novela de formación, un protagonista sensible va en busca de respuestas a las preguntas de la vida con la expectativa de que estas le ayuden a ganar experiencia del mundo. El objetivo es alcanzar la madurez, y en el relato o la protagonista lo logran solo gradualmente y con dificultad al entrar en conflicto con la sociedad. Por lo general, los valores de la sociedad son aceptados paulatinamente por el protagonista que finalmente es aceptado o aceptada en la sociedad o, en nuestro caso, acepta la sociedad tal cual es, como señal de que los errores y las decepciones que sufre han llegado a su fin.

Esta estructura lineal-temporal, clara en las otras dos novelas, tiene sus peculiaridades en *Las siete columnas*⁵. La obra se bifurca en dos tramas bien definidas: por una parte, la que refiere la relación entre un anacoreta y el diablo (trama fantástico-filosófica), y la que sigue la trayectoria vital del protagonista, Florio Oliván (trama simbólico-real).

El relato se inicia en la primera trama –la relación entre el eremita y el diablo– a modo de marco, para pasar a introducir en los siete capítulos siguientes una serie de personajes en situaciones de enredo,

³ Sobre la división en etapas de su obra puede verse P. Mature. (1968). *Wenceslao Fernández Flores y su novela*. Méjico: Ediciones Andrea, pp. 60-72.

⁴ Podría ser interesante la curiosa similitud de pensamiento y estilo con el iconoclasta Thornstein Veblen. Este último es difícil de encuadrar dentro de una escuela concreta. Suele calificarse como institucionalista, pero su pensamiento es ante todo desmitificador de los fundamentos sociales y sin duda heredero de la tradición mandevilliana.

⁵ Las citas están tomadas de la edición W. Fernández Flórez. (1969). *Las siete columnas*. Madrid: Colección Austral, Espasa Calpe.

entre ellos sobresale el joven fabricante de *foie-gras*, Florio Oliván, que va constatando como la sociedad se apoya en la ambición, el egoísmo, la lujuria, etc., bien a través de su propia experiencia, bien a través de la de otros personajes de relatos intercalados y relacionados con el tema central (Mature, 1968, 60-72). Entre las ideas de este primer bloque en el que desfila la turba humana podemos resaltar las siguientes:

El absurdo de la beneficencia como comportamiento altruista de los próceres.

La vanidad de los hombres de poder.

La utilidad no puramente egoísta de los pecados (*vgr.* la soberbia de Gradmont, que conlleva el bienestar y la fama de Adriana).

La avaricia como única fuente del progreso científico (*vgr.* el logro por los esforzados inventores Sike y Noke).

El ejército y el patriotismo como puro ejercicio de actitudes viriles y alarde de elegancia militar, y las guerras como meras fábricas de historias heroicas que sólo justifica el afán de notoriedad.

La crítica del rigorismo incluso desde el punto de vista religioso, y la glorificación del disfrute de la vida y de una sociedad opulenta asentada en la división del trabajo (p. 104).

La gula como pecado político y el amor como instrumento de poder (*vid.* la historia de Adriana).

La ridiculización de la honra (*vid.* la defensa del pudor de Azucena).

La primera parte de la novela concluye con la segunda intervención del diablo dialogando con el anacoreta –el único ser al que realmente le preocupaba la existencia del pecado–, y se cierra con el ruego de este último para que las tentaciones sean suprimidas, y con ellas los siete pecados capitales. En los siete capítulos siguientes se presenta la descripción de una nueva era en la historia de la humanidad, la cual inaugura la hermandad entre los hombres considerada por algunos caudillos socialistas el triunfo de los ideales del partido.

La segunda parte consiste entonces en el recorrido de nuestro héroe por un mundo sin pecado, descubriendo el paulatino desmoronamiento de toda la civilización: la desaparición de la avaricia es también el fin de los negocios y la ruina de la economía, los bancos quiebran, y la industria se abandona; es asimismo la detención del progreso científico-tecnológico; “*para que un invento resulte*

beneficioso son precisos los hombres de dinero, ansiosos de ganar más dinero que convierten el progreso en tal progreso”, “*empresas que nadie podía considerar arraigadas en el vicio, ni aún relacionadas con él, se hundían como edificios sin cimientos*” (p. 165). Sin gula, comer se convierte en algo humillante que se practica a escondidas, y toda forma de espectáculo desaparece, en tanto que resulta incomprensible en el nuevo mundo sin pasiones. El extremo llega con la visión del monarca ofreciendo su corona al primero que pasa, considerando que en su vida pasada no ha habido más que soberbia. Ante el bochornoso reconocimiento de su inutilidad social se une a los restos de la nobleza y funda la orden de los “Canteros reparadores”, con objeto de destruir las estatuas de próceres y generales.

Nuestro héroe pasa a formar parte del nuevo gobierno, tras la dimisión de los anteriores ministros y de la totalidad del funcionariado que habían reconocido su ineptitud, y decide la supresión definitiva del ejército. Por supuesto, el arte había desaparecido también al estar exclusivamente guiado por la pereza. “*Las fábricas arrastraban una existencia precaria ante la inexistencia de demanda que a su vez arrastraba nuevas oleadas de despidos y nuevas reducciones de demanda*” (p. 182) Por otra parte, desaparece la voluntad de trabajar ya que el trabajo no es más que el ansia de procurarse la holganza futura. Junto a ello, el ahorro pierde todo sentido ya que no es más que pecado de soberbia y de desconfianza en la providencia. Finalmente se pone en peligro la propia supervivencia de la especie al no tener el aliciente de la lujuria.

Al final de la novela las estructuras sociales han sido sustituidas por una muchedumbre miserable que vaga de un lugar a otro. En este punto, Oliván logra encontrar a Acracio para rogarle el retorno del fecundo pecado. “*Los siete pecados capitales eran las siete columnas que sostenían el edificio social, la civilización y el progreso; nuestras civilizaciones, nuestras leyes y convenciones, nuestro trabajo, nuestro bienestar y hasta nuestros afectos, descansan su enorme y milenaria mole sobre ellas. Cayeron los siete pilares y todo cayó, junto a todas las multitudes*” (p. 220). No obstante y como colofón, el autor apunta por boca del eremita la posibilidad de que esta humanidad que todavía se encuentra en su infancia quizá encuentre algún día un nuevo estado donde el progreso no precise el pecado, “*en el*

misterio de los siglos que han de venir esperan acaso hombres mejores” (p. 222).

Literariamente el tema no es original y podríamos encontrar precedentes en Gustave Flaubert *Les tentations de Saint Antoine*, o en las *Lendas dos Santos* de Eça de Queiroz. No obstante, si pasamos a analizar ahora la fábula de uno de los inspiradores del núcleo duro del pensamiento liberal, observaremos la existencia de paralelismos, tanto en la construcción de la obra como en las ideas, que apunta a un imaginario compartido.

3. Bernard de Mandeville y *La fábula de las abejas*

Mandeville (1670-1733), holandés de nacimiento e inglés de adopción, ha pasado a la historia como uno de los padres fundadores de la tradición liberal en economía y en filosofía social y, al mismo tiempo, como uno de los más importantes escritores satíricos en lengua inglesa. Aunque no era economista sino médico, sus escritos marcaron una de las líneas esenciales, o incluso lo que podríamos denominar la dirección del paradigma dominante en el pensamiento económico de los siglos XIX y XX.

Su obra emblemática, *La Fábula de las Abejas*, tiene como punto de partida un poema publicado anónimamente en 1705 como reacción al puritanismo regeneracionista en boga que recibió el título completo de *The Grumbling Hive: or, Knaves turned Honest*, “El panal rumoroso o Los bribones convertidos en honrados”. El escándalo que generó conllevó que fuese reeditado en 1714 como *The fable of the Bees or Private vices, Public Benefits* “La fábula de las abejas, vicios privados y beneficios públicos” pero esta vez acompañado de un comentario en prosa bajo el epígrafe: “Una inquisición sobre el origen de la virtud moral”.

Nada más publicarse, el revuelo –casi de historicismo filosófico– que provocó fue considerable, por lo escandaloso de sus afirmaciones. Calificada por Robinson como “el libro más malvado e inteligente en lengua inglesa” (Kaye, 1997), fue admirado durante siglos y creó toda una mitología libertaria que recorre gran parte de la filosofía pragmática sajona y constituye la raíz fundamental de la obra fundacional de la ciencia económica, *La Riqueza de las Naciones* (1776) de Adam Smith (Vandenberg, 2015).

Ahora bien, la obra de Mandeville no surge del vacío sino que se sitúa en una tradición de pensamiento moral francés con unas sorprendentes raíces dentro del jansenismo⁶, y más directamente en autores como Montaigne, Pierre Bayle o La Rochefoucauld. El fundamento último está en el recurso único a la experiencia como base de un relativismo muy próximo al nihilismo o a un anarquismo filosófico. Frente a la religión, la razón observa la resistencia de la naturaleza humana y, por tanto, ésta no debe someterse a las exigencias disciplinarias de un cristianismo ascético. No tiene sentido renunciar al bienestar presente, calificado como pecado, en virtud de no se sabe qué bien futuro⁷. Estas ideas adquieren en Mandeville su mejor expresión (James, 1975). Por otra parte, se opone al rigorismo moralista de Shaftesbury entonces en boga: una orientación con un importante apoyo social y defensora de la consideración del todo social sobre el individuo, de modo que el sostén social es sólo el altruismo. En contra de este tipo de concepciones, para Mandeville únicamente el individuo y su egoísmo constituyen el sostén de la sociedad. Podría así interpretarse como la reacción del utilitarismo empírico frente al racionalismo constructivista (Horne, 1982).

3.1. ¿QUÉ ES LA FÁBULA DE LAS ABEJAS?

Se trata de una alegoría rimada sobre una comunidad (la colmena), regida por la deshonestidad y el egoísmo. Estadistas, comerciantes, hombres de iglesia, santos... todos son unos viciosos y, sin embargo, sobre estos vicios se asienta paradójicamente el complicado funcionamiento del mecanismo social,

...empeñados por millones en satisfacerse mutuamente la lujuria y la vanidad. Así, pues, cada parte estaba llena de vicios, pero todo el conjunto era un Paraíso (p. 11⁸)

Así como el motor de una economía especialmente próspera:

⁶ No hay que recordar más que para esta tendencia la condición del hombre es esencialmente depravada, objeto de pasiones y esencialmente deseo.

⁷ Lo curioso del caso es que esto ya presenta una larga tradición en la literatura sapiencial bíblica como el Eclesiastés.

⁸ Las citas corresponden a B. De Mandeville. (1982). *La fábula de las abejas*. Fondo de Cultura Económica.

...mientras que el lujo empleaba a un millón de pobres y el abominable orgullo a un millón más; la propia envidia y la vanidad eran los ministros de trabajo;

Su favorita locura, la veleidad; en la comida, el mobiliario y el vestido; ese extraño vicio ridículo, fue convertido en la rueda misma que movía la industria. (p. 25)

Ello no impide que todos los hipócritas, escandalizados, clamen contra el estado moral del país y pidan honestidad. La indignación de Júpiter ante estas reclamaciones lleva al dios a la concesión del deseo de la colmena, de forma que el mal es suprimido por decreto con un resultado sorprendente:

¡Cuán grande y súbito ha sido el cambio! A medida que el orgullo y el lujo desmedaban, también iban abandonando los mares poco a poco... Todo arte y oficio yacían olvidados; la saciedad, ruina de la industria, les hacía admirar la alacena casera. Y no buscar nada más ni desearlo.

La ansiada pérdida de los vicios, supone el fin de la colmena y de los bienes del trabajo colectivo. El final de la fábula no puede ser más explícito, moraleja y alusiones personales incluidas. Como en la novela de Fernández Flórez que aquí nos ocupa, el ansiado triunfo de la virtud conlleva necesariamente el empobrecimiento y la despoblación del Estado:

Dejad, pues, de quejaros: sólo los tontos se esfuerzan por hacer de un gran panal un panal honrado. Querer gozar de los beneficios del mundo, ser famosos en la guerra, y vivir con holgura, sin grandes vicios, es una estúpida idea utópica asentada en el cerebro.

Fraude, lujo y orgullo deben vivir mientras disfrutemos de sus beneficios (...) Igualmente es benéfico el vicio cuando la justicia lo poda y limita;

y, más aún, cuando un pueblo aspira a la grandeza, tan necesario es para el Estado

Como es el hambre para comer. (p. 21)

En el ensayo posterior Mandeville profundiza en la tesis del poema. No se trata simplemente de señalar que toda maldad tenga su lado bueno; el objetivo consiste en situar la definición de virtud dentro de

la polémica con el rigorismo racionalista. Para las orientaciones pietistas como los mismos jansenitas, la virtud es fruto de la actuación de la gracia divina sobre la corrompida naturaleza humana; para el racionalismo rigorista es fruto de una acción racional. Mandeville, realizando un curioso paralogsimo a partir de las conclusiones de ambos, define la acción virtuosa como consistente en contrariar la propia naturaleza en beneficio de los otros y hacia la racional ambición de ser bueno (p. 27); una definición que podrían aceptar desde Kant hasta la moral católica tradicional. La verdadera virtud es entonces generosa y desapasionada. Adoptada esta definición, acorde con la tradición religiosa, a Mandeville no le fue posible encontrar ninguna acción virtuosa. Toda actuación social, incluidas las benéficas, tiene profundas motivaciones egoístas. Por tanto, desde su fórmula rigorista de virtud, todo sería vicioso, lo provechoso provendría de causas viciosas y, sin embargo, los vicios privados darían lugar a formidables beneficios públicos, es decir, tienen un claro resultado benéfico que los legitima.

Mandeville está dando un salto hacia el *utilitarismo consecuencialista*, según el cual es beneficioso todo lo útil, todo lo que contribuye a la prosperidad, y esto no puede identificarse con lo virtuoso. Así, por reducción al absurdo, la moral utilitarista es absolutamente incompatible con la moral rigorista o ascética. Ahora bien, no conviene ser aquí simplista. Una lectura superficial podría concluir que el comportamiento vicioso convendría en sí mismo como virtud social, pero lo cierto es que Mandeville se niega a reconocer que su utilidad suprima su maldad, al igual que niega que el rigorismo sea el mecanismo apropiado por más que reconozca su validez como actitud moral: “El reconocer que el progreso social va asociado al vicio no implica postular que todos los hombres sean unos viciosos” (p. 150). Simplemente señala la inutilidad de intentar que el panal sea honrado: intentarlo es mostrar una completa ignorancia en las cuestiones humanas.

Resumiendo, lo que el autor establece es *una distinción entre bondad y virtud*, entendiendo esta última como una total autonegación, imposible en sí misma, dado que no sería posible someter las pasiones. Aunque Mandeville no concluye que el beneficio propio sea el único perseguido y alcanzado con la actuación humana, coincide con Hobbes en afirmar que el interés es el único motor

de las acciones, puesto que todo acto buscará el bien de su ejecutor aunque sea a largo plazo (Ríos, 2007).

4. Fernández Flórez frente a Mandeville: coincidencias y divergencias

Dejando a un lado el paralelismo del tema y del artificio literario, incluso del enfoque humorístico del problema, la confrontación de ambas obras nos permitirá perfilar el enfoque de la obra de Fernández Flórez, pero muy en especial su singularidad, dado que, como veremos, no se trata de un conservadurismo al uso.

4.1 ANTROPOLOGÍA, ÉTICA Y SOCIEDAD EN MANDEVILLE; PUNTOS COMPARTIDOS Y DIVERGENCIAS CON FERNÁNDEZ FLÓREZ

El estudio del pensamiento subyacente a la obra de Mandeville nos aproximará a esa reflexión novelada que existe en buena parte de las novelas de Fernández Flórez, muy especialmente a las de su segunda época, pero también nos llevará a marcar algunas diferencias.

La perspectiva antropológica de Mandeville es la de un empirista apasionado, del que huye de todo aquello que supere la experiencia humana y por tanto, carece de todo idealismo religioso o trascendental. Su fe se dirige a la naturaleza y no precisa ningún aporte extraordinario derivado de cualquier visión metafísica o racionalista. Las percepciones de los sentidos constituyen todo lo que podemos saber acerca del mundo, de modo que nuestros razonamientos han de proceder necesariamente de hechos. Consiguientemente, como empírico, decide separar lo positivo de lo normativo y se enfrenta a toda tentativa moralista:

uno de los principales motivos de que tan poca gente se conozca a sí misma es que la mayoría de los escritores están siempre enseñando a las gentes como deberían ser, en vez de mostrarles como son realmente.

En su antropología, Mandeville considera que todas las pasiones humanas no son sino manifestaciones de una única, que es el amor a uno mismo, y que todos los actos del hombre son sólo intentos de satisfacer ese amor propio. Los seres humanos son criaturas egoístas “porque no proporcionan ningún

placer a los demás que no quede compensado por su egoísmo y como en último término no se centran más que en sí mismos, dejémosles que vayan y vuelvan cuando quieran” (p. 342). La adulación sería entonces el modo de refrenar ese amasijo incontrollable de pasiones (p. 24). Aquellos que obrasen bien en términos sociales serían recompensados por medio del halago de su vanidad, y a los que no con la vergüenza:

“Las virtudes morales son la prole política que la adulación engendra en el orgullo”. El ansia de estima y la necesidad de admiración que sentimos son las equivalencias que pagan el dominio de nuestras pasiones (p. 40). De este modo, toda aparente virtud moral es egoísmo, ya que o bien es la satisfacción de un impulso natural o bien, consciente o inconscientemente, orgullo.

El cortesano sensual que no pone límites a su lujo; la ramera veleidosa que inventa nuevas modas cada semana (...); el libertino rumboso y el heredero derrochador (...) son la presa y el alimento adecuado para un Leviatán en pleno desarrollo (...). El que más inquieta a millares de prójimos e inventa manufacturas elaboradas es el mejor amigo de la sociedad (p. 33)

Partiendo de esta antropología la *sociedad* se construye en la confluencia de esas tendencias egoístas, de este modo, de lo que aparentemente es un mal podría surgir un bien “el orgullo y la vanidad han construido más hospitales que todas las virtudes juntas” (p. 261). En consecuencia, la sociedad no puede construirse sobre la virtud, la razón impuesta o una moral de sacrificio, puesto que lo que denominamos “malvado” es el gran principio constructor de la socialidad, el arte y la ciencia, hasta el punto de que, en el momento en que el vicio cesase sería el fin de la propia sociedad. Por otra parte, en este contexto donde cada uno se mueve por intereses propios pero que en el que, pese a los defectos individuales, todo redundaría en el bienestar del conjunto, el único sistema político aceptable sería el que permitiese la máxima libertad individual (Ekelund y Herbert, 1997, 62-75).

La ética de Mandeville, como la de Fernández Flórez, es una curiosa combinación de anarquismo nihilista libertario “a la *Stirner*”, y de utilitarismo práctico. Mandeville va más allá y viene a concluir

que no hay criterios maximalistas, y que la búsqueda de lo virtuoso en sí mismo es una quimera (p. 367). Si el mundo es vicioso y los beneficios parten de una base viciosa sería lógico pensar entonces en una sociedad construida sobre el principio “vicios privados, beneficios públicos”. Ahora bien, tampoco debe caerse en la simplificación de suponer que todos los vicios son positivos: el único vicio que debe fomentarse es el vicio útil, en tanto que el vicio dañino debe ser fustigado, dado que sólo es beneficiosa “cierta porción de mal” (p. 9). Lo único que podríamos concluir es que por naturaleza el hombre busca el placer y que no se puede ir más allá de la naturaleza humana, de modo que incluso las leyes pretendidamente inmutables sobre el bien y el mal son relativas. En definitiva, frente al absurdo que constituiría una vida regulada por la virtud rigorista, nuestro juicio de bondad y maldad es *consecuencialista*, ya que considera en su valoración de los actos el bienestar resultante a nivel social.

Una pregunta que surge de inmediato es qué lugar le resta entonces a la moral. Para Mandeville la moral es sólo un artificio generado por algunos que, con el propósito de hacer a los hombres más útiles para sus congéneres, difunden el mito de que el hombre es distinto al resto de los animales y que su superioridad se manifiesta en que es capaz de dominar sus propios deseos, es decir, negar su naturaleza. Parte del propósito de Mandeville es, por tanto, eliminar la burda asociación entre virtud y autonegación, desde el momento en que la civilización no surge de todas las debilidades criticadas por la moral tradicional (Monro, 1987; Kaye, 1997).

Esa visión de la ética y la sociedad tan típica de la tradición liberal se hallan presentes también en el texto de Fernández Flórez. Sin embargo, es conveniente resaltar la existencia de una serie de diferencias significativas que tienen mucho que ver con una antropología que aunque comparte muchas consecuencias con la tradición liberal, no así todos los presupuestos ni tampoco la valoración final del resultado.

La antropología de Fernández Flórez es también empírica, parte de lo que el hombre es, de la experiencia de la vida diaria, sin una aparente trascendencia. Ahora bien, subyace una antropología del hombre caído que ha penetrado la tradición y cultura católicas. Se percibe la desigualdad entre lo

aspiracional y la realidad en todos sus personajes. Carabel, Dosart o, en *Las siete columnas*, Oliván se sitúan en una irónica desilusión en la medida en que son capaces de percibir un mundo mejor que surge de una profunda simpatía hacia el resto de los seres humanos. Ahora bien, cada una de estas “*bildungsroman*” le enseñan a aceptar el mundo tal cual es, aunque persista la aspiración hacia algo distinto. En estas obras hay, lo que la crítica acertadamente ha catalogado como el reflejo de una decepción de lo humano, la disconformidad entre las aspiraciones y la realidad; de forma que el resultado de la “*formación*” hay una aceptación de lo humano tal cual se muestra (Mainer, 1975).

La sociedad, a su vez, es percibida en Fernández Flórez como una confluencia de intereses privados, es decir, existe una primacía del amor propio y cualquier forma de cubrir esto so pretexto de veleidades morales es un engaño. No obstante, tal y como hemos señalado hay una rebeldía a esta realidad revelada en la forma de desvelamiento irónico de la farsa del mundo. Aunque se reconoce la decepcionante realidad de una sociedad exitosa fundada en el egoísmo y el amor propio, quedan las palabras finales de Acrasio: “en el misterio de los siglos que han de venir esperan acaso hombres mejores”.

En el ámbito estrictamente ético, ambos autores tienen un claro punto en común. Un enfrentamiento a la moral rigorista reinante. En dos épocas distintas ambos ponen en cuestión la moral establecida. El rigorismo protestante y católico respectivamente. Ambas expresiones exigen los excesos del héroe. Mandeville ridiculiza el rigorismo en razón de sus consecuencias; simplemente no es humano ni conveniente. Fernández Flórez, más próximo a las máximas de la Rochefoucauld, mostrando su farsa, sólo es amor propio disfrazado. Ahora bien, nuevamente en Fernández Flórez, persiste un héroe, un modo de héroe, nuestros protagonistas que se enfrentan en ese proceso de formación. El lector se identifica con ellos y siente que hay un noble sentimiento de búsqueda trascendente que inevitablemente se ve decepcionado por nuestra ramplona realidad.

En definitiva, frente a la tradición liberal, él no cree que este sea el mejor de los mundos posibles, sino el mejor que puede hacerse dadas las circunstancias

4.2. LA ECONOMÍA EN MANDEVILLE Y FERNÁNDEZ FLÓREZ

Respecto a la vinculación de la Fábula con la ciencia económica, es evidente que está detrás de todo el imaginario liberal que funda Smith y de las orientaciones utilitaristas tanto en moral como en economía. La fábula defiende explícitamente el *laissez-faire* que domina el pensamiento económico ortodoxo moderno: los asuntos comerciales son más afortunados cuanto menos regulados se encuentran, y las cosas tienden a encontrar por sí mismas el equilibrio que mejor les conviene; del mismo modo, el egoísmo de cada individuo interviene en una sociedad redundando en un beneficio de la comunidad. Así, nadie debe entrometerse e interrumpir esta espontánea corriente egoísta. La razón es obvia: el mercado es la respuesta natural del hombre a la búsqueda de un mecanismo o medio donde las pasiones egoístas se satisfagan y moderen.

Toda la sociedad civil está construida sobre los servicios recíprocos que unos hombres realizan a otros. Esperar que otros nos sirvan por nada es ilógico, por lo tanto todo comercio se realiza siempre bajo la forma de intercambio. (p. 349)

Frente a aquellos que sugerían la necesidad de un orden impuesto, del intervencionismo, Mandeville afirma inmediatamente, que “sólo es el interés personal y no la benevolencia ni la tiranía lo que impulsa a un hombre a ser eficiente en el desempeño de su trabajo” (p. 357). Smith asimiló muy provechosamente la obra de Mandeville, de tal modo que los más celebrados pasajes de *La riqueza de las naciones* son en muchos casos reelaboraciones de la *Fábula*. Por ejemplo, a todos nos suena “no es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero de quien nosotros esperamos nuestra cena, sino de la consideración de sus propios intereses” (Smith, 1992 [1776], 29)

Ahora bien, Smith criticará los extremos de la argumentación de Mandeville al reconocer la simpatía o la benevolencia como posibles principios de la acción humana, y no como una debilidad. Igualmente considera que la realidad es más compleja que lo planteado por Mandeville, puesto que los hombres pueden actuar también por una tendencia “estética” al llevar a cabo la tarea para la que

creen estar destinados (vgr. los ricos el consumir su riqueza aun cuando no les reporte placer) (Smith, 1997 [1759]). Lo curioso del caso es que Smith, más moralista de lo que el estereotipo fabricado por los libros de texto, se aproxima más a la perspectiva de Fernández Flórez que a la de Mandeville. En medio de todo persiste una moral que media ese “natural orden social” y que podría transformarlo en el largo plazo.

Ahora bien, volviendo a Fernández Flórez, la presencia de la temática económica resulta sorprendente en la medida en que no se limita al marco general de la obra, esto es, la confluencia de egoísmos redundando y el bienestar colectivo. Una revisión del conjunto permite observar temas como la importancia de la división del trabajo para el progreso (p. 104); el “consumo conspicuo”, esto es, aquel que se realiza exclusivamente para poner de manifiesto el estatus social de un individuo, la paradoja de la frugalidad, es decir, como el diferimiento del consumo y el incremento consiguiente del ahorro puede tener efectos graves sobre la demanda y derivar en una crisis. Finalmente, resulta sorprendente su reflexión sobre la marcha general de la economía utilizando argumentaciones propias de los multiplicadores keynesianos. La caída en el consumo y la inversión derivan en nuevas caídas multiplicadas del consumo e inversión conduciendo a la economía a una recesión (p. 182).

En suma, podemos encontrar en Mandeville un primer hito en la defensa del ideario liberal, un influyente autor tanto en cuestiones morales como sociales, y uno de los primeros esbozos del *homo oeconomicus* acuñado más tarde por la escuela neoclásica. Este último es una visión simplificadora del hombre como ser racional que toma decisiones en razón de la utilidad generada, un maximizador de beneficio y, por tanto, sólo interesado en su propio bienestar; es decir, en la satisfacción de sus preferencias cualesquiera que sean. Desde luego las críticas que se le podrían hacer son más que evidentes, dado que se perfila como una especie de imbécil moral (Sen, 1977). Como nos recuerda Sen, se trataría de un hombre que, dado que siempre tiene que maximizar su beneficio personal, se comportaría de la siguiente guisa en una situación común:

¿Dónde está la estación de ferrocarril? Le pregunta alguien.

“Allí” contesta señalando la estación de correos, “Y de paso, ¿podría echarme esta carta en el buzón?”
“Sí”, contesta el otro decidido a ver si tiene algo valioso para abrirla... (Sen, 1977)

Es evidente que esto no implica la invalidación de los supuestos que están detrás de la mitología del *homo oeconomicus*, pero por lo menos cuestiona la solidez de ese sacrosanto primer principio. Fernández Flórez, juega en *Las siete columnas* con esta simplificación pero su antropología es más compleja y, curiosamente más próxima a la simpatía y benevolencia de la que habla Smith. Es la perspectiva de un conservador imaginativo pero desde la añoranza de ese mundo mejor de la que habla Acrasio.

5. Conclusión, Fernández Flórez y el conservadurismo imaginativo

A modo de recapitulación, y volviendo a la comparación entre las ideologías de Fernández Flórez y Mandeville, podemos aventurar una síntesis de sus puntos comunes:

Estilísticamente ambos utilizan recursos humorísticos e incluso la misma estructura narrativa. Ambos adoptan un punto de vista empírico, fuera de los convencionalismos, y con una clara antropología negativa; para cualquiera de ellos, el hombre es un ser esencialmente egoísta y un “maximizador de beneficio”. La sociedad funciona a través de la libre confluencia de los individuos sin que sea necesaria ninguna forma de intervención.

El rigorismo moral no sólo resulta una estupidez, sino que es destructor de toda forma de progreso. La sociedad, y con ella la economía, se sustenta en lo que la moral tradicional consideraría como vicios o pecados. Ahora bien, en Mandeville el funcionamiento de esta sociedad se corresponde con el mejor mundo de los posibles, puesto que se adopta el baremo de justificación utilitarista por

el beneficio del mayor número de individuos, sin embargo, en Fernández Flórez este mundo, aun cuando se soporta en esos principios, dista de ser la legítima aspiración del hombre. Simplemente es real pero decepcionante.

No obstante, a mi juicio existen entre ambos una diferencia esencial que radica en su actitud de fondo. Hemos visto que Mandeville admite alegremente este mundo con ánimo optimista sin considerar necesaria ninguna alternativa utópica. Por su parte, Fernández Flórez renuncia igualmente a utopías, pero desde la melancólica esperanza de una humanidad futura distinta. Uno es, pues, el descreimiento optimista; otro, el descreimiento desde la insatisfacción.

Al comienzo del texto aludíamos a la calificación de “conservador imaginativo” acuñada por Mill. En este sentido puede resultar interesante recuperar el modo en que la define un autor, que objetivamente se sitúa en sus antípodas, K. Polanyi: “Conservador significa: tradicionalista, empírico, reacio a un programa global. No tendré nada que objetar a esta filosofía, porque de todos modos en Inglaterra la tradición es Liberal” (Allen, 1998). Es más, el mismo reclama más adelante que el radicalismo socialista debería ser atemperado con la lectura de Burke. En definitiva, tanto si se dan cuenta (como Chesterton, Belloc o Fernández Flórez) como si no, el impulso de mejorar la suerte del hombre común se siente como un impulso revolucionario porque el mundo que nos rodea es miserable (Allen, 1998). Lo que el revolucionario se sorprende al saber que está dentro del espíritu del conservadurismo, es que los más grandes pensadores conservadores han compartido su descontento, y que los pozos de justicia de los que se nutre no son los del ideólogo radical, sino los de una tradición humana e ilustrada. *Las siete columnas* es una expresión de este conservadurismo imaginativo liberal que también siente el descontento por la sociedad en la que vivimos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, R.T. (1998). *Beyond liberalism, the political thought of Hayek and Polanyi*. London: Routledge.
- ARES CUBA, G. (2015). *Estudio socio-histórico y literario de la cuentística de Wenceslao Fernández Flórez*. A Coruña: Facultade de filoloxía.
- DE LLANO, P. (1985). *W. Fernández Florez, el escritor y su obra*, A Coruña: Ayuntamiento de A Coruña.
- DÍAZ PLAJA, F. (1988). *W. Fernández Flórez, el conservador subversivo*. Fundación Pedro Barrié.
- ECHEVERRÍA PAZOS, R.M. (1987). *Wenceslao Fernández Flórez, su vida y su obra*. A Coruña: Diputación de A Coruña.
- EKELUND, R. y HEBERT, J.R. (1997). *Historia de la teoría económica y su método*. Madrid: Mc GrawHill, 3ª ed.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, W. (1945). *El humor en la literatura española*. Madrid: Real Academia Española.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, W. (1942). *La conquista del horizonte*. Zaragoza: Librería General.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, W. (1969). *Las siete columnas*. Madrid: Colección Austral, Espasa Calpe.
- HORNE, T.H. (1982). *El pensamiento social de B. De Mandeville*. Fondo de Cultura Económica.
- JAMES, E. D. (1975). "Faith, Sincerity and Morality: Mandeville and Bayle," *Mandeville Studies* 81 (1975): 43-65.
- KAYE, F.B. (1997). "Comentario crítico, histórico y explicativo a La fábula de las abejas" en B. Mandeville, *La fábula de las abejas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- MAINER, J.C. (1975). *Análisis de una insatisfacción, las novelas de W. Fernández Flórez*. Madrid: Castalia.
- MANDEVILLE, B. (1982). *De La fábula de las abejas*. México DF.: Fondo de Cultura Económica.
- MATURE, A. P. (1968). *Wenceslao Fernández Flores y su novela*. Méjico: Ediciones Andrea, 1968.
- MONRO, D. H. (1987). Voz: Self interest en J. EATWELL y otros, *The new Palgrave, a dictionary on economics*, London: Macmillan press limited.
- RÍOS ESPINOSA, M. C. (2007). "Bernard Mandeville: la ética del mercado y la desigualdad social como base del progreso moderno" *En-claves del pensamiento*, 1 (1).
- ROSEMBERG, N. Mandeville en J. Eatwell y otros (1987). *The new Palgrave, a dictionary on economics*. Macmillan press limited.
- SANZ VILLANUEVA, S. (1985). "Fernández Flórez y la novelística coetánea", en *Wenceslao Fernández Flórez (1885-1985)*, edición de César Antonio Molina. A Coruña: Ayuntamiento de La Coruña.
- SEN, A. (1977). "Rational fools: a critique of the rational foundations of economic theory" en *Philosophy and public affairs* 6. SMITH, A. (1992 [1776]). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica, 7.ª edic.
- SMITH, A. 1997 [1759]. *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza, 1997.
- VANDENBERG, P. (2021). "Bernard Mandeville (1670-1733): Influence on Economic Theory". *Internet Encyclopedia of Philosophy*.